

de Byng, se hallaba dispuesto á cometer faltas como la suya. Por eso, cuando el práctico dijo á Hawke que no era posible atacar sin aventurarse á muy grandes peligros, le contestó el almirante: «Habeis cumplido con vuestro deber; pero respondo de todo. Ahora ponedme al costado de la capitana francesa.»

Dos navíos de línea franceses arriaron bandera; cuatro quedaron desbaratados, y los demas fueron á refugiarse á las riberas de la Bretaña.

Los triunfos continuaron el año 1760: Montreal y la provincia entera del Canadá quedó por los ingleses, y las escuadras francesas sufrieron una serie no interrumpida de contratiempos desastrosos en los mares de América y de Europa.

Por entónces tambien se realizaban conquistas en Oriente que así rivalizaban en rapidez con las de Hernan-Cortés y Pizarro, como las aventajaban con exceso en extension. Porque tres años no más habian bastado á que los ingleses fundaran un imperio poderoso en aquella parte, miéntras que los franceses sufrían derrotas sobre derrotas en todas las partes de la India. Chandernagore se habia rendido á Clive (1), y Pondichery á Coote, y en todo Bengala, Bahar, Orissa y el Carnate más absoluta era la autoridad de la Compañía de las Indias que ántes logró serlo nunca la de Acbar ó de Aurungzeb.

En el continente europeo no parecia que la fortuna sonriera de igual modo, porque sólo tenia la Inglaterra un aliado importante en el rey de Prusia, y á ese lo atacaban, además de Francia, Rusia y Austria, y sin embargo, en el continente tambien triun-

(1) Véase el tomo XVI de esta Biblioteca: *Ensayos históricos* de lord Macaulay, en el cual se contiene la biografía de lord Clive. —N. del T.

fó la energía de Pitt de todas las dificultades. Habia combatido con vehemencia extraordinaria la práctica de dar subsidios á los príncipes extranjeros; pero él la ejerció más ampliamente aún que Carteret hubiera osado hacer nunca; y como el soberano de Prusia era capaz y activo, recibió auxilios pecuniaros que le permitieron sostener la lucha con armas iguales contra enemigos formidables. Sobre ningun asunto habia declamado Pitt con más fuego y elocuencia como tratando de los peligros que tenía la solidaridad de Inglaterra con el Hannover; pero en aquella circunstancia Pitt declaró á vueltas de grandes razonamientos que sería indigno de los ingleses el sufrir que su rey se viera despojado de los dominios electorales que poseía en una guerra relacionada con la Gran Bretaña, y prometió á sus compatriotas que nada perderian en ello y que para ellos haría en Alemania la conquista de América; conducta que le concilió la benevolencia del Rey sin mermar en lo más mínimo el prestigio de que gozaba en la nacion, siendo tanto el ascendiente que su elocuencia, sus triunfos, su elevada posicion política, su orgullo y su intrepidez le conquistaron en el Parlamento, que llegó en ocasiones á tomarse libertades con él nunca vistas ántes y que despues nadie ha osado imitar. No era lícito acusarlo de inconsecuencia, porque no lo consentía, y un orador que cierta ocasion lo intentó, quedó tan desconcertado con la actitud despreciativa del ministro, que sólo pudo balbucear algunas palabras, y volvió á sentarse confuso y corrido. Los mismos caballeros del campo afiliados al partido *tory* á quienes hacia poco tiempo era tan odioso el solo nombre de Hannover, votaban sin vacilar, unos en pos de otros, cuantos subsidios les pedia; cambio singular de conducta que



una sátira de la época describe, con frases más punzantes que delicadas, de esta manera:

•No more they make a fiddle-faddle  
About a Hessian horse or saddle.  
No more of continental measures:  
No more of wasting British treasures.  
Ten millions, and a vote of credit,  
'Tis right. He can't be wrong who did it. (1).

El éxito de las medidas continentales adoptadas por Pitt fué tal y como de su vigor podia esperarse. Cuando subió al poder, el Hannover corria gravísimo riesgo de perderse, y á los tres meses todo el electorado se hallaba en manos de la Francia; pero no tardó mucho en mudar la faz de las cosas, siendo rechazados los invasores, y sufriendo consecutivamente dos derrotas de un ejército formado de tropas inglesas, hannoverianas y de los pequeños Estados de Alemania: una en Crevelt el año 1758, y otra más completa y humillante aún en Minden.

La nación prosperaba sin embargo de la guerra; como que nunca dieron los comerciantes de Londres muestras más señaladas de opulencia, y que la importancia de algunos grandes centros mercantiles y manufactureros, de Glasgow, por ejemplo, data de aquella época; circunstancia que se halla consignada en el monumento elevado á lord Chatham en Guildhall por ser la opinion general de sus contemporáneos con las siguientes palabras: «Bajo su mi-

(1) «No más ruido á propósito de caballos ni de sillas de Hesse; ni una palabra más en orden á la conducta observada en el continente, ni contra el derroche de los caudales públicos. Si se piden diez millones y un voto de confianza, se dan; que nada es más justo, tratándose de un personaje infalible.»

nisterio, el comercio fué aliado de la guerra y le debió su grandeza.»

Fuerza es reconocer tambien que hasta cierto punto y en cierto modo estos signos de prosperidad eran engañosos; fuerza es confesar que hizo conquistas ménos útiles que brillantes, y que los gastos de la guerra no entraron nunca por nada en las consideraciones de Pitt, pudiéndose afirmar asimismo que la satisfaccion que le producian sus victorias se aumentaba en la medida de lo que costaban. Al contrario de otros hombres que se han visto en su caso, gustábale á Pitt exagerar la importancia de las sumas que la nación gastaba durante su gobierno, y lo enorgullecian los sacrificios y los esfuerzos que su elocuencia y sus triunfos habian obtenido de los ingleses; y el precio con que gustaba de pagar tan nobles y leales prestaciones y decisivas victorias pesó largo tiempo y cruelmente sobre el país, siendo, con ser inmenso, inferior en mucho á las disipaciones de su hijo, el más pródigo é incapaz de todos los ministros de la Guerra, para no recoger en cambio sino traiciones, derrotas y vergüenza.

Si consideramos á Pitt como ministro de la Guerra, escasamente lo hallaremos merecedor de los elogios que le prodigaron sus contemporáneos. Posible será que así nos lo parezca por efecto de nuestra ignorancia; mas es lo cierto que no acertamos á descubrir en sus planes muestra ninguna de hábiles y profundas combinaciones. Muchas de sus empresas, particularmente aquellas que acometió en las costas de Francia, fueron dispendiosas y absurdas á un tiempo, y en cuanto á las conquistas en la India, si bien ilustran la época de su gobierno, á decir verdad, no fueron la ejecucion de sus pensamientos. Cierto es que su energía, su resolucion y



sus recursos eran muy grandes, y su espíritu fuerte y emprendedor; pero no lo es ménos que tuvo siempre para secundarlo en la realizacion de sus proyectos más atrevidos las riquezas de un pueblo inmensamente rico y el esfuerzo indomable de sus hijos.

Bien es verdad que hasta cierto punto y en cierto modo merecia todos los elogios y alabanzas que se le tributaban; porque áun cuando los triunfos de las armas inglesas más eran debidos á los recursos y al entusiasmo popular que no á la inteligencia y habilidad de sus disposiciones, á él se debieron el entusiasmo nacional que tanto subió de punto en aquellas circunstancias, y el afán sin ejemplo que demostraron todas las clases en ocurrir á las necesidades de la guerra. Hubiérase dicho que el fuego de su alma inflamaba el reino entero, lo mismo á las masas que á los soldados de Québec, que á los marineros en los combates navales contra los franceses en medio de los peñascos de Bretaña. Ni tampoco necesitó mucho tiempo en el poder para lograr este resultado é infundir en el ánimo de todos la impetuosidad de su carácter aventurero y agresivo, y disponerlos, como él lo estaba siempre, á exponerse á las mayores aventuras, á fracasar ántes que no intentar y á no darse por satisfechos mientras algo quedara por hacer; pues si á sus ojos el exceso de temeridad podia disculparse, el exceso de prudencia, faltas como la de lord Jorge Sackville no hallaban misericordia. En otra época, y luchando con otros enemigos, esta manera de hacer la guerra tal vez hubiese sido desastrosa; pero la situacion en que se hallaban el gobierno y el pueblo franceses eran sólo eficaces á darle cuantas ventajas són imaginables; que los intrigantes y los fatuos de Versalles

quedaron sobrecogidos de asombro y turbados de su energía; pánico terror cundió en todas las clases, y tácitamente convinieron los franceses de cualquiera condicion que fuesen que debian ser derrotados siempre por los ingleses; y por tal manera la victoria engendró la victoria, y cada vez que las fuerzas de las dos naciones rivales combatian en la mar ó en tierra, mientras para los ingleses la lucha era preludio del triunfo para sus rivales lo era de humillaciones, vergüenzas y desastres.

Resumiendo: la posicion que ocupaba Pitt á fines del reinado de Jorje II era la más envidiable que haya tenido ningun hombre político en la historia de Inglaterra, pues se habia conciliado la benevolencia del Rey, dominaba la Cámara de los Comunes, lo adoraba la nacion y lo admiraba la Europa, y el gran burgués, como solian apellidarle sus compatriotas, podia desdeñar los títulos nobiliarios y las condecoraciones, bastándole con su nombre y la fama de sus hechos para ser amado, respetado y temido. La nacion estaba ebria de alegría y de orgullo; el Parlamento tan sosegado y tranquilo como en tiempo de Pelham; las antiguas diferencias de los partidos eran cual si no fuesen, de tal modo se hallaban desvanecidas, sin que otras nuevas más importantes las hubieran reemplazado todavía; una generacion de propietarios rurales y de clérigos que no habian conocido á los Estuardos poblaba los campos y presbiterios; existia verdadera tolerancia para los disidentes; no se perseguia de una manera cruel á los católicos; la Iglesia vivia un período de calma; la gran lucha civil y religiosa que comenzó al despuntar de la Reforma parecia concluida, y en su plenitud el reposo, la quietud y la paz universal; y *whigs* y *tories*, individuos de la Iglesia y puritanos



hablaban con igual respetuosa y circunspecta deferencia de la Constitución, y con igual entusiasmo de los talentos, virtudes y servicios del ministro.

Pocos años bastaron para operar una transformación completa en el aspecto de los negocios. La patria trastornada y maltrecha de las facciones; el trono combatido de las invectivas más violentas; la Cámara de los Comunes aborrecida y despreciada de la nación; Inglaterra en querella con Escocia; la Gran Bretaña contra América; un Parlamento rival legislando allende los mares al otro lado del Atlántico; la sangre inglesa escapándose de las heridas abiertas por bayonetas y espadas inglesas; los ejércitos británicos forzados á capitular y á rendirse; las conquistas tan preciadas de la metrópoli arrancadas á su imperio; los enemigos de su nombre no dando vagar á la venganza de pasadas humillaciones, y su pabellon ántes tan temido sosteniéndose apenas aún en su propio litoral: hé aquí el espectáculo doloroso y tristísimo que habia de presenciar Pitt. Pero como quiera que la historia de tan radical transformación exige capítulo aparte, daremos de mano á nuestra tarea por ahora, dejando al célebre ministro en el apogeo de su grandeza y reservando para despues narrar el término de su vida y su fin postrero, aunque brillante, melancólico y lúgubre por extremo.

## II.

Más de diez años há que comenzamos un estudio de la vida política del gran lord Chatham, y que dimos punto á nuestra tarea con la muerte de Jorge II, proponiéndonos reanudarla en breve. Una serie de circunstancias muy enojosas para ser explicadas nos han impedido por espacio de tanto tiempo el poner en ejecución nuestro pensamiento; pero al cabo y todo bien considerado no deploramos la tardanza, porque los materiales que teníamos á nuestra disposición en 1834 eran escasos y no nada satisfactorios comparados con los que ahora poseemos. Así y todo, áun cuando hayamos logrado penetrar secretos y compulsar documentos que no son todavía del dominio público, no podemos por ménos de dolernos de que la historia de los diez primeros años del reinado de Jorge III sea conocida de manera tan imperfecta como lo es; razon esta última que nos anima y conforta en la obra emprendida, por hallarnos persuadidos de que á pesar de sus defectos no carecerá de interes. novedad y noticias curiosas (1).

Dejamos á Pitt al concluir el estudio anterior en el colmo de la prosperidad y de la gloria, ídolo de Inglaterra, terror de Francia y admiracion del mundo civilizado; porque de cualquier parte que soplara el viento era mensajero de nuevas batallas

(1) Las obras que dieron ocasion al presente estudio fueron la *Correspondence of William Pitt, Earl of Chatham*, 4 vol. in 8.º, London, 1840, y las *Letters of Horace Walpole, Earl of Orford, to Horace Mann*, 4 vol., 8.º, London, 1843-44.—N. del T.



ganadas sobre los enemigos de la Gran Bretaña, de fortalezas conquistadas, de provincias incorporadas á su imperio, y porque las facciones en lo interior del reino habian caído en una manera de letargo, desconocido hasta entónces desde el día en que por efecto del gran cisma religioso del siglo XVI despertó y se reanimó el espíritu público.

Bueno será, para mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, fijarnos por un espacio en las causas que fueron eficaces á suspender por algun tiempo en Inglaterra el movimiento y la vida de los dos grandes partidos en que se dividian sus hombres políticos. Porque si dando de lado á los rasgos puramente accidentales, investigamos cómo es el carácter esencial del *whig* y del *tory*, podemos considerarlos como representantes de dos grandes principios necesarios á la felicidad de las naciones; siendo el uno custodio de la libertad, y el otro del orden; fuerza motriz aquél, conservadora éste del Estado; vela el uno sin la cual no avanzaría nunca nada la sociedad, lastre el otro sin el cual ni sería prudente navegar, ni posible tampoco resistir la tormenta. Mas durante los cuarenta y seis años siguientes al entronizamiento de la casa de Hannover en Inglaterra, los caracteres distintivos de los partidos parecieron borrarse, y así como creía el *whig* servir mejor la causa de la libertad política y religiosa sosteniendo con todas sus fuerzas la dinastía protestante, así el *tory* entendía que de ninguna manera demostraba mejor su mala voluntad á las revoluciones que combatiendo cada día sin tregua un gobierno nacido de la Revolución. Uno y otro fueron con el tiempo dando más importancia á los medios que al fin, y de esta suerte lentamente adoptando un modo de ser no natural y propio en

ellos, sino parecido al de los animales que habitan por acaso climas que no siendo los suyos les hacen languidecer y degenerar. Apartado el *tory* del sol de la corte, parecía un camello en las nieves de Siberia; y gozando el *whig* del calor de los palacios reales, se antojaba oso blanco en los arenales africanos.

Dice Dante (1) que vió en *Malebolge* una lucha extraña entre un sér de forma humana y una serpiente. Despues de inferirse ambos crueles heridas, quedaron un espacio contemplándose inmóviles y amenazadores. Una nube los envolvió entónces, y velados por ella se verificó una metamorfosis en los dos contendientes, tomando cada uno la forma de su enemigo: la cola de la serpiente se dividió en dos piernas; las piernas del hombre se retorcieron y formaron una cola; dos brazos salieron luégo del cuerpo de la serpiente; los del hombre se ocultaron en su cuerpo; despues la serpiente se levantó hecha hombre y habló, y el hombre trocado en serpiente dió consigo en el suelo, y culebreando y lanzando silbidos se alejó del lugar de la batalla. Tal fué la transformación verificada en Inglaterra durante el reinado de Jorge I entre los dos partidos, pues cada uno revistió con poca diferencia la forma y color de su enemigo; como que el *tory* acabó por llevar alta la frente y hacer alardes de mucha devoción á la libertad, y el *whig* por arrastrarse y morder el polvo á los piés del poder.

Cierto es que cuando discutian asuntos especulativos, y más cuando discutian puntos relacionados con la conducta de sus predecesores, ambos partidos degenerados diferian aún, al ménos en aparien-

(1) *Inferno*, c. xxiv.



cia, tanto como sus antepasados. El *whig*, que durante tres legislaturas no había votado una sola vez contra la corte, y que se hallaba dispuesto en toda ocasión á vender su alma para merecer un oficio palatino, alardeaba todavía de profesar las doctrinas políticas de Locke y de Milton, parecía venerar la memoria de Pym y de Hampden, y hubiera brindado el 30 de Enero á la memoria del enmascarado, y luego á la del que sin máscara hubiera hecho lo mismo (1). El *tory* á su vez, al propio tiempo que profería injurias y denuestos contra Walpole, contra el dulce y moderado Walpole, reputándolo por enemigo mortal de la libertad, nada veía que mereciera censura en la férrea tiranía de Strafford y de Laud. Pero cualquiera que fuese la opinión que *whigs* y *toríes* de aquel tiempo tuvieran formada en orden á sucesos pasados hacía ya mucho tiempo, está fuera de duda que en los asuntos prácticos pendientes el *tory* era reformador hasta la imprudencia, y el *whig* conservador hasta la superstición. Causas análogas produjeron en Francia idénticos efectos; y así hemos visto á M. Guizot y á M. Villemain defender la propiedad y el orden social, ¡quién lo hubiera dicho! contra los ataques de adversarios tales como M. de Genoude y de M. de la Rochejacquelin.

Así, pues, mientras los descendientes de los antiguos caballeros se habían tornado demagogos, los de las Cabezas redondas eran cortesanos; pero, no obstante, fué necesario que trascurriera mucho tiempo todavía para que sus recíprocas enemistades comenzaran á bajar de punto: que los partidos

(1) El 30 de Enero de 1649 fué decapitado Carlos I por un enmascarado —N. del T.

conservan por su naturaleza más largo tiempo el odio primero que sus primeros principios; y de esta suerte, una generación de *whigs* que Sidney hubiera rechazado con el pié como esclavos, prosiguió haciendo guerra mortal á una generación de *toríes* que Jeffreys habría mandado ahorcar por republicanos.

Durante todo el reinado de Jorge I, y casi la mitad del de Jorge II, fueron tenidos los *toríes* por enemigos de la casa reinante y estuvieron excluidos del favor de la corona; y aun cuando la mayor parte de los nobles de las provincias fueran *toríes*, solamente los *whigs* lograban ser creados pares y barones; y aun cuando la mayoría de los individuos del clero fuera *tory* también, solamente los *whigs* lograban ser deanes y obispos. Y en todos los condados se oían las quejas de los propietarios *toríes*, ricos y de buena casa, viendo que no parecían sus nombres en la lista de los jueces de paz, en tanto que hombres de origen oscuro, sin bienes de fortuna, y partidarios de la tolerancia, de la Sisa, de los Parlamentos nombrados por siete años y de los ejércitos permanentes, presidían las sesiones trimestrales de justicias de paz, y eran subgobernadores de sus condados.

Poco á poco fueron dándose pasos hácia un acomodo; y como durante la administración de Walpole la guerra declarada por los contrarios á su autoridad arrastró un cuerpo numeroso y fuerte de *whigs* dirigido por el heredero de la corona, que se alió con los *toríes* y hasta concluyó una tregua con los jacobistas, y despues de la caída de sir Roberto el partido *tory* dejó de ser sospechoso á la corte, aun cuando los principales cargos del gobierno continuaron ejercidos por los *whigs* y que



hubiera sido difícil en verdad fiarlos á otras manos, porque los grandes y los caballeros *tories*, á pesar de la fuerza que les daba el número y la riqueza, no contaban apénas en sus filas un hombre distinguido por su talento y la práctica ó la discusión de los negocios, algunos comenzaron á ejercer funciones secundarias, dió por resultado esta condescendencia calmar á todo el partido. Así fué que con motivo del primer besamano de Jorge II despues de la dimision de Walpole, ofreció el salon del trono un aspecto singular y desacostumbrado; porque confundidos con los fieles partidarios de la casa de Brunswick, con los Russell, los Cavendish y los Pelham, se vió aquel día una multitud de personajes absolutamente desconocidos de los pajes y gentiles-hombres; una multitud de señores del campo, cuyos parques y alquerías gozaban de mucha fama en las cercanías de Mendip ó del Wrekin; pero que jamás habian traspasado los umbrales de palacio desde los tiempos en que Oxford con la pértiga blanca en la mano tomaba puesto detras del sillón de la reina Ana.

Durante los diez y ocho años que siguieron á aquel día, uno y otro bando fueron empeñándose más y más en el reposo. La grande apatía de que daba entónces muestra el espíritu público débese atribuir en parte á la injustificada violencia de los ataques contra el gobierno de Walpole, porque así en el organismo humano como en el político sucede siempre languidez enfermiza á las perturbaciones violentas. Habian exaltado á la nacion á fuerza de sofismas, de calumnias, de retórica y de estimulantes del orgullo nacional, y áun cuando abundaba el pan, los ánimos parecian agitados ó inspirados del hambre, y áun cuando se gozaba de cierta mesurada li-

bertad religiosa y civil, que ninguna otra nacion poseia, llamábase con grandes voces á un Timoleon ó á un Bruto que fuera osado á dar muerte al opresor. Tal era el estado de los ánimos, cuando tuvo lugar el cambio de ministerio, y entónces pudieron todos darse cuenta de que no habia ocurrido ningun cambio en el gobierno; descubrimiento que produjo sus naturales efectos, sucediendo al celo furioso la más completa indiferencia, y llegando el caso de que no sólo no fuera grato al público el lenguaje del patriotismo, sino que llegase á ser hasta repugnante, del propio modo que llegó á serlo la jerga del puritanismo despues de la caída del *Rump*. Los accesos de calentura pasaron, el acceso de sudor frio comenzó, y con ellos hubieron de pasar muchos años ántes de que artificios sediciosos ó verdaderos agravios pudieran reproducir el ardoroso paroxismo que tuvo ántes su curso y su término.

Dos tentativas se hicieron para turbar la tranquilidad. El heredero de la casa de Estuardo, que vivia en el destierro (1), se puso al frente de una sublevacion; y el heredero de la casa Brunswick al frente de un grupo contrario al gobierno. La batalla de Culloden aniquiló al partido jacobista, y la madre del príncipe Federico dispersó á los parciales que, bajo su conducta, se habian esforzado en dificultar la

(1) Carlos Estuardo, nieto de Jacobo II, cuya vida comenzó de una manera tan brillante al intentar la reconquista del solio de sus mayores, y que no sabiendo ó no pudiendo soportar los contratiempos de su adversa suerte con la grandeza de alma necesaria, murió víctima de la embriaguez en Roma el año 1788. Su mujer, la princesa Luisa de Stolberg, lo abandonó algunos años ántes por el poeta Víctor Alfieri. Véase *La Condesa de Albany*, estudio biográfico de M. Saint-René-Taillandier, trad. de M. Juderías Bender, Madrid, 1876, en 8.º, III, 167.—N. del T.